

Un trozo de camino

Ocaso

Cuando murió mi padre, yo tenía casi veintidós años de casada, tres hijos, un marido alcohólico y un corazón muy lastimado, pero con muchos deseos de seguir adelante. Si alguna vez tropecé, no llegué al suelo y pude quitar la piedra para que no tropezaran otros.

Mi vida en pareja no fue fácil. Sin embargo, hubo alegrías: la llegada de cada uno de mis hijos. Hubo tristezas: cuando uno de ellos enfermó de gravedad. Malos recuerdos, muchos. Buenos recuerdos, tres: mis hijos.

La insostenible relación duró muchos años. Todavía a la distancia no encuentro la manera de describir a mi ex esposo; el abogado que me asistió durante el juicio de divorcio lo definió como “una persona indolente”.

Hizo todo lo posible por sacarme de la casa; incluso inventarió como suyos algunos muebles que fueron de mi madre y que yo aún conservaba. Todo esto quedó anotado en los juzgados donde tuve que presentarme para un careo con él, al tercer día de fallecida mi mamá. Él mismo me entregó el citatorio.

Ya nada de eso me duele. Sin embargo, hay algo que creo que ni Dios le perdonará: el haber perjudicado tanto a mis hijos con sus comentarios mordaces.

Sé que no soy quién para maldecirlo, porque estoy segura de la justicia divina. Sólo espero vivir para verlo pagar por lo que ha hecho y dicho de mis hijos que, para mí, ya bastante castigo es saber que llevan su sangre. No he sido una blanca paloma, es cierto, pero tampoco del color con que él me pinta.

135